

(TRES PLIEGOS.)



**HISTORIA**  
**DEL NUEVO NAVEGADOR**

Ó SEA RELACION DE LA SAGRADA PASION Y MUERTE DE

**JESUCRISTO NUESTRO SALVADOR.**



**MADRID.**

Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.

ALBION  
THE NEW YORK

THE NEW YORK

MADE IN

## HISTORIA

DE LA SAGRADA PASION Y MUERTE

# DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

---

El Nuevo Navegador,  
siendo de tierra apartado,  
con la sombra del temor  
turba y mengua su vigor  
viéndose de agua cercado.  
Pues así mi corazon  
cercado de insuficiencia,  
tiene tan gran confusion,  
porque saber y razon  
huyeron de mi presencia.  
Y temiendo peligrar  
aquel que en el mar entró,  
su deber es implorar  
á la Reina tutelar  
le vuelva do se partió.

Aquella Virgen sagrada  
con la familia piadosa  
que la llevó acompañada  
cuando fué á ser coronada  
de la mano tan gloriosa.  
Ella me quiera alcanzar  
del inmenso Dios tal don,  
que pueda yo contemplar,  
gemir y tambien llorar  
el dolor de su pasion.  
Con esfuerzo de lo cual,  
¡oh glorioso Redentor!  
con deseo sin igual  
de olvidar por tí mi mal,  
voy á comenzar, Señor.

Despues de verificada  
aquella solemne Cena,  
y despues de ser alzada  
aquella mesa sagrada,  
de esplendor y gloria llena:

despues que el vil corazon  
del falso Judas dañado  
puso en obra su traicion,  
y acabado aquel sermón  
con tanto amor predicado,  
váse nuestro Salvador  
con su santa compañía,  
lleno de fuego y ardor,  
á redimir el error  
que cautivos nos tenia.  
Hacia el huerto caminaba,  
do habia de ser prendido  
de la gente fiera y brava,  
lo cual ya lo procuraba  
el traidor más fementido.

Por aquel camino yendo  
á sus discípulos habla,  
doble pena padeciendo,  
la suya propia sintiendo,  
pero aun los consolaba.  
Y cada cual á porfía  
á aquellos brazos preciosos  
humilde se sometia,  
oyendo con alegría  
sus consejos amorosos.  
Llegan al huerto, y notad  
con qué triste corazon  
aquel Rey de gran bondad  
les dijo: «velad y orad  
por no entrar en tentacion;  
aquí, pues, me esperareis,  
que os quiero un poco dejar,  
y mirad que no os turbeis,  
ni conmigo os acerqueis  
hasta que acabe de orar.»

Acabada esta mision  
Jesús de ellos se apartó,  
donde con gran devocion  
hizo al Padre su oración,  
la cual así comenzó:  
«Padre mio poderoso,  
escucha mi peticion,  
y dame, Señor, reposo  
á dolor tan congojoso  
que cerca mi corazon.  
Haz que sea consolado  
pues tengo fatiga fuerte,  
y me siento anonadado  
por tenerme atribulado  
esta angustia de la muerte.  
Por el pesar que tomaste  
de aquella injuria á ti hecha,  
á este mundo me enviaste,  
y con amor ordenaste  
fuese por mí satisfecha;  
y vista tu voluntad  
obedecí aquel mandato,  
y en servir con lealtad  
á tu augusta Majestad  
siempre he tenido cuidado;  
pero la muerte presente  
y las ansias y el temor  
que esta triste carne siente,  
me aqueja tan gravemente  
que te suplico, Señor,  
que si es que hacerse pudiese,  
des alivio á mi tristura;  
y que si posible fuese  
no gustase ni bebiese  
este cáliz de amargura.  
Pero si place otra cosa  
á tu infinita bondad,  
ves aquí no perezosa  
esta mi carne medrosa,  
cúmplase tu voluntad;  
pues yo siempre quise hacer,  
Padre, lo que me mandaste;  
y si más no puede ser,

aunque haya de padecer,  
cúmplase lo que ordenaste.  
Pero mucho me fatigo  
en ver aquestos, á quien  
obras les hice de amigo  
tratarme como enemigo  
desconocidos del bien.  
Y viendo su perdicion  
está mi alma dolorida,  
tengo muy grande afliccion  
por temor de la pasion  
que preparan á mi vida.»

Ya su oracion acabada,  
nuestro Dios y Redentor,  
con un ansia inusitada,  
á do dejó su manada  
volvió como buen pastor;  
y con razones de amigo  
comenzóles así á hablar:  
«En este trance afflictivo,  
¿aun no podeis conmigo  
solo una hora velar?  
Amigos, velad y orad,  
por no entrar en tentacion,  
y con toda voluntad  
en la eterna majestad  
poned vuestro corazon;  
y á todo lo que vereis  
estad muy bien preparados;  
y es preciso os esforceis,  
porque luego quedareis  
todos escandalizados.»  
Cuando San Pedro escuchó  
á su Maestro así hablar,  
esta respuesta le dió:  
«Señor, nunca temo yo  
me haya de escandalizar.»  
«No te muestres tan constante,  
Pedro, que no lo serás,  
le dijo Cristo, que antes  
que esta noche el gallo cante  
tres veces me negarás.»  
San Pedro muy compungido

respondió con buena fé:  
«Señor, haré lo que digo,  
y si conviene contigo  
morir, no te negaré.»

Así nuestro Redentor  
sus discípulos dejó,  
y fuese con grande ardor  
donde con mucho fervor  
otra vez al Padre oró;  
y aquella misma oracion  
que hizo, otra vez repetía,  
y nunca á su peticion,  
hecha con tal suspension,  
el Padre le respondía.

«Padre, si habeis ordenado  
ser preciso que yo muera,  
cúmplase ya tu mandado,  
pues que por mí remediado  
el linaje humano espera.  
Pero con grande afliccion  
Señor y piadoso Padre,  
(porque sé que mi pasion  
herirá su corazon)  
te encomiendo aquella Madre.  
Mis discípulos, Señor,  
tambien sean amparados,  
que á causa de mi dolor,  
como ovejas sin pastor,  
andarán descarriados.»

Así orando el Redentor,  
y pues en tal agonía  
de congoja y de temor,  
por su cuerpo un gran sudor,  
de pura sangre corria.  
¡Oh paso tan singular,  
para los contemplativos,  
cosa digna de notar,  
que la debemos llorar  
cuantos fuimos redimidos!  
¡Quién duda que no estuviese  
en grande tribulacion!  
¡Oh! ¡quien contrito estuviese,  
con qué pensando pudiese

quebrantar mi corazon!

Estando el Rey de los cielos  
su oracion continuando,  
cubierto con aquel velo  
de amargura y de consuelo,  
bajó un Angel así hablando:



«Señor, tu Padre te oyó  
con suma angustia y pesar,  
mas nunca te respondió  
pues solo este medio halló  
para el mundo remediar;  
que bien debes tú saber;  
que fué, Señor, tu venida  
para muerte padecer,  
y con ella guarecer  
al mundo de la ignominia.  
Y dice, que pues es dada  
contra tí la tal sentencia,  
que no será revocada:  
y así conviene que armada  
tu vida esté de paciencia.  
Mira los padres que están  
dentro del limbo encerrados  
y que tú eres el iman,  
por cuyo medio serán,  
como esperan, libertados.  
Concluyo con que El hará  
lo que más le encomendaste,  
que á tu Madre amparará  
y tus siervos guardará  
como tú se lo rogaste.»  
Contempla con qué humildad



al embajador oyó  
aquel Rey de gran bondad,  
y con qué benignidad  
humilde le respondió:  
«¡Oh mensajero del Cielo,  
cuánto ha que te esperaba  
con apetecido anhelo,  
pensando que tu consuelo  
fuera cual yo imaginaba!  
Pero pues mi Padre ordena  
que así esto haya de ser,  
yo lo tengo á dicha buena  
el sufrir aquesta pena  
y el morir y padecer,  
que al pecador redimir  
y á mi Padre hacer servicio,  
aunque haya yo que sufrir  
mayor dolor y morir  
lo tendré por beneficio.»

Cuando el Señor acabó  
su triste razonamiento,  
el Angel se despidió,  
y la embajada aceptó  
por gloria de su tormento.  
¡Contempla cuál quedaria  
tu Dios y tu Salvador!  
¡Contempla qué sentiria  
cuando solo se veria  
sin ningun consolador!  
Y cuando hubo acabado  
su oracion postrimera,  
todo su cuerpo bañado  
en aquel sudor sagrado,  
á sus siervos se volviera;  
los cuales todos halló  
en sueño muy sosegado,  
pero no les despertó  
hasta que cerca ya vió  
á Judas disimulado.  
¡Oh traidor! ¿Quién le movió  
á hacer un tan grande error?  
¿qué idea fatal te dió?  
¿quién nunca jamás pensó

en vender á su Señor?  
Debias ser refrenado  
de yerro tan escesivo,  
por huir de ser llamado  
el más traidor y malvado  
que jamás se ha conocido.  
¡Oh ingrato y engañador,  
caudillo de los malvados!  
recordarás que el Señor  
con tanta sobra de amor  
te perdonó tus pecados.  
Miraras que te libró  
del abismo y su poder:  
miraras que te escogió  
con los doce, y que te dió  
gran parte de su querer.  
Si estas cosas no mirabas,  
traidor, cuando le vendiste,  
dí, ¿por qué no te acordabas  
del sentimiento que dabas  
á la Virgen, Madre triste?  
En la cual, fé verdadera  
de Madre siempre encontraste;  
acordársete debiera,  
cuán benigno y manso era  
el Hijo que le quitaste.  
Estas obras, mal varon,  
no se las agradeciste,  
pues por darla más pasion,  
en señal de galardón  
á su Hijo le vendiste.  
Si por dinero lo hacias,  
cuenta muy errada era;  
¿Por qué no se lo decias  
á ella, pues bien sabias  
que muriera ó te los diera?  
Aunque más pobre estuviera,  
con afán te los buscara,  
y con ruegos que ella hiciera  
no faltara quien tuviera  
piedad y se los prestara.  
Cuando ya el Redentor vió  
que la turba se acercaba,

y observó aquel fementido  
entre el bullicio metido  
y que nunca sosegaba,  
con qué angustias, contemplad,  
fué á despertar su manada,  
(estas palabras notad)  
diciéndoles: «levantad,  
que ya es la hora llegada.»  
Aun no despiertos serian  
cuando las voces sonaban  
que los judíos traian  
y no tan lejos venian,  
pues junto con El ya estaban.  
Y cuando los vió allí  
nuestro Dios humilde y bueno,  
dijo: «¿á quién buskais? decid.»  
y ellos dijeron así:  
«á Jesus el Nazareno.»  
El Señor dijo: «soy Yo:  
ved, pues, qué es lo que quereis.»  
Luego en el suelo cayó  
el escuadron cuando oyó  
aquesto que oído habeis  
y cuando se levantó  
aquella malvada gente  
otra vez les preguntó  
lo que antes les habló,  
por el mismo consiguiente.  
Al pensar en tal porfia;  
de lástima grande pena:  
«buscamos (¡ que rabia impía!)  
aquella gente decia,  
á Jesus el Nazareno.»  
Dijo el Señor: ya sabeis  
que os declaré que Yo soy;  
pues á mí solo quereis,  
libres á estos dejareis,  
á mí véisme aquí do etoy.»  
Entonces aquel traidor,  
en todos los males diestro,  
se puso junto al Señor,  
diciéndole sin temor;  
«que te salve Dios, Maestro.»

Y de esto aun no contento,  
en aquella santa faz,  
con un infame contento  
de ver ya su prendimiento,  
le besó con falsa paz.  
Cuando los judíos vieron  
á Jesus de él abrazado,  
contempla cómo le asieron,  
y los golpes que le dieron  
en su cuerpo delicado.  
Considera cuál le echaron  
gruesa sogá á la garganta,  
y cómo de ella tiraron;  
y tirándole, arrastraron  
aquella su carne santa.  
Piensa como unos le daban  
en su rostro bofetadas,  
y cómo le acocebaban,  
y cómo otros le tiraban  
de aquellas barbas sagradas.  
La turba inmunda escupía  
aquella cara preciosa;  
contempla, pues, lo que haria  
la Virgen, cuando sabria  
esta nueva dolorosa.

Cuando aquellas cosas vieron  
los discípulos amados,  
de allí desaparecieron,  
y escandalizados huyeron  
muy medrosos y aterrados.  
San Pedro que allí quedó,  
como siempre fué esforzado,  
á un judío arremetió,  
y del golpe que le dió  
una oreja le ha cortado.  
Cuando nuestro Redentor  
así, pues, la vió cortar,  
mirando humilde al traidor,  
con mucho querer y amor,  
se la puso en su lugar.  
Habiendo esto pasado,  
que San Pedro pudo oirlo,  
dijole: «haz mi mandado,

mete, Pedro muy amado,  
en la vaina ese cuchillo,  
que la furia te arrebató,  
pero te quiero advertir,  
y miralo bien y acata,  
que todo el que á hierro mata,  
á hierro debe morir.  
¿Tú dudas que si quisiera  
á mi Padre yo rogar  
por auxilio, no me diera  
ángeles, con que pudiera  
todo el mundo sojuzgar?  
Pero es forzoso el sufrir  
estos males y amarguras,  
paderer hasta morir,  
porque se puedan cumplir  
las antiguas escrituras.»  
Dijo allí luego el Señor  
á los judíos muy triste:  
«con armas y gran furor,  
como ladrón malhechor,  
á la prision me tragisteis.  
Cuando yo en el templo estaba,  
y entre vosotros me visteis,  
cuando allí os doctrinaba,  
cuando bien os enseñaba,  
¿cómo nunca me prendisteis?  
Aun del todo no acabadas  
estas razones serian,  
cuando con manos osadas,  
al Rey nuestro, atrás atadas,  
las tuyas santas tenian;  
y de la soga tirando  
con extraña crueldad,  
lo llevaron arrastrando  
sus carnes atormentando  
desde el huerto á la ciudad.  
Allí lo llevan primero  
á la casa de Anás,  
que era un vil consejero  
en la muerte del Cordero  
y luego á su suegro Caifás,  
donde estaban esperando

fariseos y escribanos,  
y los magnates del mando,  
todos mucho deseando  
ver al justo entre sus manos.  
Anás con gran presuncion  
y atrevimiento decia:  
«¿qué es de tu predicacion?  
»¿tus doctrinas cuáles son?  
»¿dónde está tu compañía?  
Notad con cuánta humildad  
el buen Jesus respondió:  
«nunca hice Yo maldad,  
prediqué siempre verdad,  
siempre doctriné bien Yo.  
No me preguntes á mí,  
pues yo no seré creído;  
esos que están junto á tí,  
á quien buen ejemplo dí,  
te dirán cómo he vivido.»  
El Salvador así dando  
la respuesta mesurada,  
un traidor, saña tomando,  
en su rostro humilde y blando  
le dió una cruel bofetada,  
diciendo muy enojado,  
prorumpiendo en blasfemar:  
«¿cómo, engañador malvado,  
has sido tú tan osado  
de así al pontífice hablar?»  
Al cual perverso y sin fe  
dió el Señor repuesta tal:  
(mirad que repuesta fué)  
«Amigo, si mal hablé,  
da testimonio del mal;  
pero si fué mi razon  
buena, dí, ¿por qué me heristes  
con tanta resolucion?  
bastára mi afliccion  
sin el golpe que me diste.»

En semejantes errores  
muy gran rato lo tuvieron  
renovando sus dolores  
todos aquellos traidores.



y luego despues se partieron.  
Mas dejaron ordenado  
de que nuestro Redentor  
quedase muy bien atado  
en un lugar apartado,  
como reo y malhechor;  
dejáronle guardas tales,  
y de tan poca piedad,  
que redobiaban sus males,  
dándole penas mortales  
con estraña crueldad.  
San Pedro y San Juan andaban  
siempre tras de su Maestro,  
para ver en qué paraban  
los tormentos que le daban  
á aquel Cuerpo santo y tierno.  
Y mientras que lo tuvieron  
en casa de Anás, traidor,  
con otros se convinieron  
y allí dentro se metieron  
donde estaba el Redentor.  
La criada que allí andaba,  
en San Pedro reparó  
que al fuego se calentaba,  
y dijo: «te he visto yo  
con Jesús;» y él lo negaba.  
Entre los que allí se hallaban  
hubo quien le conoció,  
y entonces le preguntaba  
«si era de aquel que guardaban;»  
y él dijo: «por cierto no.»  
Salió entonces descortés  
el que bien le conocia,  
y dijo: «por cierto éles,  
mirad en su altivez  
ser quien matarme queria.»  
San Pedro le respondió,  
y dijo con juramento:  
«tal Hombre nunca ví yo,  
ni él á mi me mandó,  
ni hice yo su mandamiento.»  
En esta vez postrimera,  
que jurando le negó,

en el punto se cumpliera  
lo que el Señor le dijera,  
que luego el gallo cantó.  
Aunque el Salvador pasaba  
penas en gran cantidad,  
al tiempo que le negaba  
miróle allí donde estaba  
con ojos de gran piedad.  
Y como San Pedro vió  
el yerro en que hubo caido,  
luego de allí se partió,  
y su pecadolloró  
tiernamente arrepentido.  
Habiendo aquesto pasado,  
¡oh qué noche de dolor!  
siempre nuestro Dios atado  
estuvo, y muy mal tratado  
hasta que amaneció.  
Y luego por la mañana,  
despues que amaneciera,  
aquella gente tirana,  
con perversidad insana,  
á casa de Caifás fuera.  
Allí juntos los doctores,  
en acuerdo discurrían  
sobre el Señor de señores,  
dando traza á sus dolores,  
y qué muerte le darian.  
Todos en esto acordaron  
delante de ellos viniese;  
y aun apenas lo mandaron,  
los sayones procuraron  
que maniatado fuese.  
Y cuando allá lo llevaban  
aquellas gentes malvadas,  
coces y palos le daban  
tanto que le redoblaban  
todas las penas pasadas.  
Llegado ya el Salvador  
á la casa de Caifás,  
como ladron malhechor,  
con afrenta y deshonor  
las manos puestas atrás.

Al punto que lo pusieron  
delante del juez (¡qué horror!)  
dos mil oprobios le hicieron,  
y que era (todos dijeron)  
de muerte merecedor;  
diciendo: «este predicaba  
cosas contra nuestra ley,  
Hijo de Dios se llamaba,  
y el cetro se apropiaba  
diciendo ser nuestro Rey.»  
De entre la turba salieron  
dos viles falsos testigos,  
ante Caifás se pusieron,  
y á grandes voces dijeron:  
«Señor, dignate de oírnos.  
Nosotros en este día  
le acusamos, vocifera  
que este templo desharia  
y que de nuevo lo haria  
en tres dias si quisiera.»  
Entonces en pié fué puesto  
Caifás, y díjole así  
al manso Cordero honesto:  
«¿qué es lo que dices á esto  
que deponen contra tí?»  
Nuestro Dios y Redentor  
con callar le respondió;  
pero con ansia mayor  
aquel maligno traidor  
otra vez le preguntó,  
y dijo: «yo te conjuro  
te declares ante nos,  
que nada tengas oculto,  
y me digas si eres puro  
Hijo del Eterno Dios.»  
Entonces le respondió,  
diciendo: «tú lo dijiste;  
que aunque yo te lo dijera,  
tu pecho no lo creyera,  
por lo cual callar me viste;  
ni de responder cuidaras  
á mi propuesta sentada,  
ni por ello me soltaras,

y ni por ello dejaras  
tu voluntad comenzada.  
Mas dígotte que vendrá  
aquel Hijo de la Madre  
Virgen, y se sentará  
á la diestra de Dios Padre,  
y las nubes parará.»  
Entonces Caifás rasgó  
los vestidos que traía,  
y dijo: «ya blasfemó,  
y él mismo se atestiguó  
que la muerte merecía.»  
Allí las penas doblaron  
al Cordero consagrado,  
y de la soga tiraron,  
y á Pilato lo llevaron  
á que fuese sentenciado;  
y como Judas le vió  
llevar con tal crueldad,  
el traidor reconocido,  
sentia haberle vendido  
con codicia y gran maldad;  
los dineros recogió  
y arrojóles en el templo,  
confesando que pecó  
contra el Justo, y le vendió,  
y qué dió muy mal ejemplo.  
Y como desesperó  
de su salvacion cumplida,  
en un árbol se colgó,  
y el malvado allí perdió  
el alma y tambien la vida.  
Luego que al Señor pusieron  
ante el poder de Pilato,  
con grandes voces que dieron  
muy atrevidos dijeron  
aquellos hombres ingratos:  
«Este hombre alucinado  
por rey nuestro se proclama,  
otra ley ha predicado,  
tiene el pueblo alborotado,  
é Hijo de Dios se llama.  
Pedímoste que le des

muerte por su mal vivir;  
firma la sentencia, pues,  
según la ley nuestra es,  
pues debe cierto morir.»  
Pilato les respondió:  
«según la ley os demuestra,  
él muerte no mereció,  
ni se la quiero dar yo;  
matadle por mano vuestra.»  
Pero luego se volvió  
hacia aquel manso Cordero,  
y a questo le preguntó:  
«dime (te lo ruego yo),  
¿eres tú rey de este pueblo?»  
Respondió Dios verdadero  
muy humilde, y dijo así:  
«¿Lo dices eso sincero,  
ó hubo, dí, algun medianero  
que te lo dijo de mí?»  
Pilato le interrumpió:  
«dime, ¿qué es lo que tú hiciste?  
¿quién fué el que á mí te envió  
no siendo judío yo?  
¿cómo á mi poder viniste?»  
Con profundo desconsuelo,  
con un dolor estremado,  
le respondió Dios del Cielo,  
diciendo: «no es este suelo  
mi casa ni mi reinado.»  
Pilato le replicó:  
«¿luego Rey debes de ser?»  
Y el Señor le contestó:  
«tú dices que el Rey soy yo;  
ya lo puedes comprender.»  
Pilato luego volvió  
hacia aquel pueblo malvado  
y le dijo: «no hallo yo  
por qué este hombre mereció  
ser á muerte condenado.»  
Le respondieron de fuera  
á Pilato con furor,  
diciendo de esta manera:  
«este hombre á tí no viniera

si no fuera malhechor.»  
Dijo Pilato: «¿cuál es  
el mal que en este varón  
hallais? ¿por qué le acusais?»  
Respondieron: «pues quereis  
saberlo, oid la razón.  
Este hombre ha trastornado  
con engaños que él idea,  
ha perdido y embaucado  
los pueblos do ha predicado,  
en Samaria y Galilea.»  
Luego que Pilato oyó  
á Galilea nombrar,  
extrañamente se holgó,  
porque escusarse entendió  
de hacerle allí ajusticiar;  
porque muy bien conocia  
la inocencia del Señor,  
y claramente veia  
que de envidia se movia  
aquel mal pueblo traidor.  
Pilato luego dejó  
á Jesus interrogar,  
y á los judíos volvió,  
diciendo: «no debo yo  
á este hombre sentenciar.  
Herodes lo ha de mirar,  
que es de su jurisdicción;  
yo se lo debo enviar,  
él allá le quiera dar  
el castigo ó el perdon.»  
Pilato luego escribió  
para Herodes un papel,  
y al Cordero le envió,  
el cual yendo, padeció  
fatiga y dolor cruel.

Cuando el rey Herodes vió  
al Eterno en su poder,  
como hacian de él olvido,  
estaba muy resentido,  
y ahora tuvo gran placer:  
pues muchos dias habia  
que lo deseaba ver

porque la fama decia  
que estrañas cosas hacia,  
y él queria alguna ver,  
y le dijo: «oye, amigo,  
¿eres tú aquel que busqué  
tiempo há como enemigo,  
y á fin de acertar contigo  
los inocentes maté?  
¿Eres tú aquel que volvió  
la vista, que era perdida  
á aquel que te lo rogó?  
¿Tú eres el que tornó  
á otros de muerte á vida?  
Pues ahora yo te ruego,  
que por darme á mí placer  
(y no tengas ningun miedo)  
que aquí hagas algo luego  
de lo que sueles hacer.»  
A cuanto Herodes habló  
nunca jamás el Señor  
palabra le respondió;  
por cuya causa tomó  
Herodes saña y furor.  
Entonces lo desprecio,  
y que era un loco, decia,  
mucho al Señor injurió;  
y esto á los suyos habló  
con insultante ironía:  
«¿es este el que me nombrábais  
y por santo lo teníais?  
¿es este de quien contábais,  
y tanto de él me alabábais  
los milagros que sabíais?»  
Y con desprecio singular  
como á hombre sin cordura,  
mandóle luego quitar  
sus ropas y cobijar  
de una blanca vestidura.

¡Contempla con qué bondad  
aquestas cosas sufria  
aquel Dios de la verdad!  
¡Contempla, alma, la humildad  
y paciencia que tenia!

Cuando Herodes se cansó  
de insultarle, escarnecerle,  
despues que así lo trató,  
á Pilato lo envió;  
y este dijo á la plebe:  
«A este que me tragisteis  
con fama de malhechor,  
preguntéle, cómo visteis,  
y conocí y conocisteis  
que estaba exento de error.  
Yo por no prevaricar  
á Herodes se le envié:  
él no le quiso juzgar,  
pues me lo vuelve á enviar;  
esto no sin causa fué.  
Así, pues, que claro veis  
nadie condenarle quiere,  
no hay por qué le maltrateis;  
así os digo que lo solteis  
y dejeis ir por do quisiere.»  
Cuando los tercios oyeron  
razon que no les convence,  
todos grandes voces dieron;  
crucifícale, insistieron,  
que bien merece la muerte.  
Cuando Pilato oyó  
su maliciosa porfia,  
de azotarlo acordó,  
porque así él pensó  
que bien los amansaria.  
Y luego por complacer  
al pueblo desenfrenado,  
sin un instante perder,  
á Cristo mandó poner  
en un lugar apartado;  
y mandóle allí dejar  
sin ninguna vestidura,  
á un pilar lo hizo atar,  
y mandóle preparar  
los azotes de amargura.  
Buscaron á unos traidores  
que crueles le azotaron  
redoblando sus furores,

y á nuestro Dios los dolores  
que el alma le traspasaron.  
Así lo ejecularon,  
con tal violencia y tal gana,  
y tanto le atormentaron,  
que en su cuerpo no dejaron  
una sola parte sana.



Por fin aquellos malvados,  
después de muy grande espacio,  
de venganza ya saciados,  
sintieronse fatigados  
del trabajo y del cansancio.  
Pilatos que conoció  
que bien castigado estaba,  
que lo sacasen mandó,  
y presentarlo acordó  
donde la gente esperaba.  
Luego que esto hubo mandado,  
fué de algunos requerido  
diciendo, que el azotado,  
ya que rey se había llamado,  
como rey fuese vestido.  
Con esta idea trajeron,  
un paño vil, desechado,  
el más sucio que pudieron,  
de pintura embadurnado,  
y los hombros le cubrieron.  
En las manos le pusieron  
por burla una cañavera:  
allí palmadas le dieron,  
y mil oprobios le hicieron  
con risa falsa y artera.  
De rodillas se postraban

delante, por más burlarse,  
con unas varas le daban,  
y las barbas le mesaban,  
sin dejar que descansase.  
Dios te salve, rey, (decían)  
del pueblo que te premió;  
y luego le sacudían  
diciendo con ironía:  
«profetiza quien te dió.»  
Estándole, pues, hiriendo  
su cuerpo tan delicado  
un traidor salió diciendo:  
«pues que rey eres, yo entiendo  
que debes ser coronado.»  
Muy grande prisa se dieron  
en la corona buscarle,  
de espinas, pues la trajeron  
y al punto se la pusieron  
por mayor tormento darle.

¡Oh Madre, si tú supieras  
de esta corona espinada,  
con qué ansia te movieras  
y por tu Hijo quisieras  
ser tú antes coronada!  
Pues apenas fué traída  
la corona malhadada,  
cuando de muchos asida,  
fué reciamente metida  
por su cabeza sagrada.  
Mirad qué dolor sintió  
aquel alto Rey del cielo,  
que la sangre reventó,  
y por su rostro corrió  
con abundancia hasta el suelo.

Luego de haber acabado,  
con tanta injuria y horror,  
y haberlo así atormentado,  
azotado y deshonorado,  
y dando tanto dolor,  
de la manera que estaba,  
lo hicieron presentar  
ante el pueblo que esperaba,  
y sin cesar le acusaba



para darle más pesar.

Pilato dijo con esto:

«ved al hombre junto á nos  
tan acusado y propuesto,  
que se preciaba en aquesto  
de ser el Hijo de Dios.

Mirad, véisle aquí azotado,  
ya veis que viviendo muere:  
él está bien castigado,  
herido y atormentado;  
váyase donde quisiere.»

Los judíos cuando oyeron  
que lo mandaba soltar,  
todos grandes voces dieron:  
crucificadle, dijeron,  
no le queráis libertar.

Respondióles: «ya sabeis  
que es costumbre de guardar  
cuando dos presos teneis  
por la Páscoa, que debeis  
en su honra uno soltar.

Y pues esto así sabeis,  
que pasó siempre jamás,  
porque vuestra Páscoa honreis,  
decidme, ¿cuál escojeis,  
á Cristo ó á Barrabás?»

Entonces los pervertidos,  
sin calcular los extremos,  
dieron grandes alaridos,  
diciendo ya enfurecidos:  
«á Barrabás escojemos.»

Pilato les respondió,  
diciendo de esta manera:  
«de Jesús, ¿qué he de hacer yo?»

Luego el pueblo le tornó  
respuesta, diciendo: «muera.»

Dijo Pilato: «¿por qué  
á este hombre he de matar  
que nunca malhechor fué?  
nunca causa en él hallé  
para tal sentencia dar.

Y siempre en esta porfía,  
rehusando sentenciarlo:

los judíos todavía  
(como la envidia crecía)

no cesaban de acusarlo  
á Pilato con afán,  
diciendo: «si este hombre dejas,  
estas nuevas se sabrán  
donde está el César irán,  
dándole tremendas quejas.

Y si muerte no le das,  
pues tan claro la merece,  
sin duda le enojarás,  
su confianza perderás,  
y así tu fama perece.»  
Pilato en cuanto oyó  
que del César le decían,  
en extremo se turbó,  
y al momento imaginó  
que mal con él le pondrían.

Y estando en gran confusion,  
al Señor se volvió á hablar,  
diciendo: «dame, varon,  
respuesta de una razon  
que te quiero preguntar.  
A estas injustas quejas  
con que el pueblo me importuna,  
puesto que á tí son anejas,  
¿por qué motivo tú dejas  
de darle respuesta alguna?»

A todo el Señor calló,  
sin palabra devolver.

Luego Pilato siguió,  
diciéndole: «¿por qué no  
me quieres, dí, responder?»

En el tribunal sentado  
Poncio Pilato estaba,  
no muy libre de cuidado,  
cuando una carta le han dado  
que su mujer le enviaba,  
en la cual le requería  
diciendo de esta manera:

«Pilato, deja la vía  
en que esta gente porfía,  
y haz porque el justo no muera.

Pues que esta noche en vision  
grandes cosas he soñado;  
no juzgues ese varon,  
pues tendrás más galardón  
si haces tal desacato.»

Luego que Pilato vió  
esta carta contundente,  
como habia conocido  
que sin culpa era traído  
el Salvador á la muerte,  
él se quisiera escusar  
de aquello que le pedian;  
mas volvió á reflexionar  
si le mandase soltar,  
que al César le acusarian;  
y queriéndose librar  
de culpa tan conocida,  
mandó luego sin tardar  
que al tiempo de sentenciar  
agua le fuese traída.

Y con ella se lavó  
sus manos diciendo: «veis  
que culpa no tengo yo  
de este fallo injusto, no,  
vosotros ved lo que haceis.»

Allí todos respondieron  
con ademanes siniestros  
y grandes voces que dieron,  
«su sangre caiga, (dijeron)  
sobre nos é hijos nuestros.»

Dijoles Pilato: «pues  
me quereis tanto aquejar,  
porque más no os enojeis,  
hágase cuanto quereis,  
mando á Barrabás soltar;  
y por mi sentencia ordeno  
que la muerte sea dada  
á Jesús el Nazareno,  
en cruz, para poner freno  
á esa multitud airada.»

¡Oh qué grande vocería  
toda aquella gente dió!  
¡oh qué alegría tenia

viendo el fin de su porfía,  
que la sentencia firmó.

Contempla y llora, cristiano,  
mira por tí, qué pasaba  
con aquel Dios soberano,  
que en todo su cuerpo sano  
lugar ninguno se hallaba.

Con la sentencia ya dada,  
que el inocente muriese;  
aquella gente dañada  
tuvo presto aparejada  
la cruz donde padeciese.



El cual luego lo sacaron  
de allí do fué sentenciado,  
en los hombros se la echaron,  
y de nuevo lastimaron  
aquel cuerpo delicado.  
Y como era tan pesad,  
muy gran trabajo sentia:  
que de la pena pasada  
la fuerza estaba menguada,  
y llevarla no podia:  
pues yendo tan aquejado  
el supremo Rey del cielo,  
de cansancio fatigado,  
y de muchos maltratado,  
cayó sin fuerza en el suelo.  
Cuando los judíos vieron  
al Señor tan quebrantado,  
tal impiedad tuvieron,  
que sus cabellos asieron,  
y luego fué levantado.

Viendo lo que padecía,  
todos á una voz decían,  
que temian moriria,  
y que no se lograria  
la muerte que ellos querian;  
porque su mal corazon  
del todo quede vengado,  
consumando la pasion  
tomaron luego un varon,  
Simon Cirineo llamado.  
Fatigado el Redentor  
con la carga grande y fuerte,  
muy menguado su vigor,  
con la angustia y el dolor  
iba gustando la muerte.  
Muchas mujeres que habian  
hijos amados perdido,  
de lástima que tenian,  
por donde él iba seguian  
renovando su gemido.  
Los corazones quebraban  
de llanto hácia el Señor,  
y su mancilla doblaban,  
cuando en la Virgen pensaban  
conociendo su dolor,  
decian: «¡cuándo sabrá  
lo que padece su amado!  
¡quién piensa que vivirá,  
cuando á su Hijo verá  
tan herido y maltratado!  
La que tanto le alababa  
siempre de noche y de dia,  
grandes bienes de él contaba;  
cuando su rostro miraba  
ningun otro más queria:  
y él era para querer,  
que nunca á nadie enojó:  
hacia á todos placer,  
y siempre quiso correr  
por donde virtud corrió.»  
Cuando á estas mujeres vió  
ir llorando por su bien,  
Cristo su rostro volvió,

y á decirlas comenzo:  
«hijas de Jerusalem,  
por mí no querais gemir,  
mas por vosotras llorad  
y á los que habeis de parir,  
que dias han de venir,  
que lo hagais más de verdad.»  
En todo esto el Señor  
grande tormento sentia:  
y doblaba su dolor  
la sangre y el gran sudor  
que de su rostro vertia;  
y como ciego se halló,  
para su rostro limpiar,  
con la angustia que sintió,  
prestado un lienzo pidió  
por su vista recobrar.  
Una mujer que lo oyó,  
movida de gran piedad,  
su misma toca le dió  
y con ella se limpió  
aquel Rey de gran bondad.



Y quedo así figurada  
en aquel pobre tocado  
aquella cara sagrada,  
que estará allí retratada  
hasta el dia señalado.  
Llegado ya el Redentor  
en aquel fatal lugar,  
donde por tí, pecador,  
en tormento y el dolor  
con su vida han de acabar.  
Ahora notar bien debes,

con grande veneracion  
cosas que si me creyeres,  
todo el tiempo que pudieres  
dedica tu corazon.

A aquel Sumo Bien trataron  
con impiedad sin mesura,  
mil traidores de él tiraron;  
y muy recio le quitaron  
su sangrienta vestidura.

Y como se la quitaron  
con ira y rabia furiosa,  
como con fuerza tiraron,  
los pedazos le arrancaron  
de aquella carne preciosa.

Mas San Juan que conoció  
que la vida se eclipsaba  
de aquel Dios que tanto amó,  
aunque fe no le faltó,  
la muerte vivo gustaba;  
al punto sin más tardar,  
para que á verle viniera,  
á la Virgen fué á buscar,  
por que pudiese llegar  
antes que el Hijo muriera.

Pues piensa ahora, cristiano,  
en tanto que va San Juan  
el gran tormento inhumano  
que á nuestro Dios Soberano  
aquellas gentes le dan.

Al cual luego que tuvieron  
bien despojado y herido,  
allí en el suelo pusieron  
la cruz, y en ella dijeron  
que fuese luego tendido.  
Con muy santa voluntad  
aquel cuerpo consagrado,  
llagado con impiedad,  
con paciencia y humildad  
obedeció aquel mandado.  
Como tendido lo vieron  
los que así se lo mandaron,  
en la cruz señal hicieron,  
donde sus manos tendieron

y á donde sus pies llegaron.  
Y despues que señalaron  
el Señor fué levantado,  
y luego la cruz tomaron,  
y por allí barrenaron,  
por do habian señalado.  
Luego otra vez lo tendieron  
al Rey nuestro lo primero,  
y de un brazo lo asieron,  
un clavo en la mano metieron  
haciéndole un gran agujero;  
y tales golpes le dieron  
porque estuviese bien fuerte,  
que sus nervios se encogieron,  
y aquellos dolores fueron  
mas mortales que la muerte.  
Y empezando ya á clavar  
la otra mano que faltaba,  
el clavo queriendo hincar,  
no le podian llegar  
donde barrenado estaba.  
Porque como no contaron  
lo largo que era debido,  
al tiempo que una clavaron,  
los nervios se le encorvaron  
y estaba el brazo encogido.  
Y tan gran crueldad pensaron  
á fin de que mas penase,  
que á la muñeca le ataron  
sogas, de donde tiraron  
porque la mano llegase;  
y para poder llegar  
donde estaba el agujero,  
puedes, pecador, pensar,  
de un rigor tan duro y fiero  
qué podia redundar!  
La mano, pues, ya llegada  
á su lugar, contemplad  
¡con qué rigor fué clavada,  
descoyuntada y llagada  
con tan terrible impiedad!  
Luego que clavadas fueron  
las manos por los malvados.

de sus santos pies asieron,  
y juntos se los pusieron  
con gran crueldad clavados.  
Habiendo esto ejecutado,  
la cruz en alto pusieron  
en su hoyo acomodado,  
adonde el pie fuese hincado,  
el cual allí lo metieron.  
Llora y contempla, cristiano,  
por las congojas mortales  
que le dió el pueblo inhumano,  
solo por librar tus males,  
á nuestro Dios Soberano.  
Allí el cuerpo se acabó  
tanto de descoyuntar,  
que en todo él no quedó  
hueso que no se apartó  
de su juntura y lugar.  
Cuando esto ya acabaron  
de hacerlo tan sin medida,  
aquellos que allí se hallaron,  
suertes al instante echaron  
por su pobre vestidura.  
Para mas deshonra dar  
y aumentar sus aflicciones,  
juntos con él á la par  
hicieron crucificar  
dos malos hombres ladrones.

Imitando al Salvador,  
rencores nunca os enlacen,  
pues dijo con grande amor:  
«perdónalos, tú, Señor,  
pues no saben lo que se hacen.»

Mas ya San Juan ha llegado  
donde la Virgen se hallaba,  
y embarazado y turbado,  
dolorido y angustiado  
entró dentro donde estaba.  
La vió que estaba apartada  
en viva contemplacion,  
donde con voz desmayada  
la refiere su embajada  
con dolor y turbacion.

San Juan no habia acabado  
de contar la grave pena,  
cuando el rostro demudado  
y su cuerpo traspasado,  
entraba la Magdalena  
arrancándose oprinida  
sus cabellos á manojo;  
decia: «¡oh Madre querida,  
anda, si quieres ver viva  
á la lumbre de tus ojos;  
y prisa te debes dar,  
lo mas pronto que podrás,  
que si vamos á tardar,  
segun lo vimos tratar,  
vivo ya no le verás!...»

Cuando oyó tan triste nueva  
aquella Reina sin par,  
su congoja se renueva,  
muriendo casi en tal prueba,  
cual podeis considerar.

Y aunque humilde resistió  
la Virgen en su destino,  
extremo dolor sintió;  
mas con todo preguntó  
á San Juan por el camino.  
Dijole San Juan: «Señora,  
el rastro claro hallareis,  
por el cual mi alma llora,  
que su sangre es guiadora  
y por ella es guiareis;  
porque tanta le han sacado  
los que hoy le atormentaron,  
que por do quier que ha pasado  
todo el suelo está bañado,  
hasta donde lo pararon.»  
Luego á la calle salida  
fué la compañia preciosa:  
contempla en aquella ida,  
tan cuitada y dolorida  
de aquella Virgen gloriosa.  
Cuando ella el rastro vió  
que su Hijo habia dejado  
como la sangre miró,



de grave dolor sintió  
su corazon traspasado.  
Allí gran pena le daba,  
allí grande llanto hacia,  
allí lágrimas echaba,  
y tal compasion mostraba  
que al mismo dolor rendía.  
Y para su Hijo ver  
vivo, de allí se levanta,  
y sin un punto perder  
la via vuelve á emprender  
con su compañía santa.  
Con el ánsia que tenia,  
va gimiendo, aunque callando;  
¡oh Madre que tal sentia!  
pues que el llanto crecia,  
sus ojos fuentes tornando:  
«Amigas, las que parísteis,  
ved mi dolor sin igual:  
las que marido tuvísteis,  
las que amásteis y quisísteis,  
llorad conmigo mi mal.  
Mirad mi angustia fuerte,  
mirad qué pena es la mia,  
mirad qué cautiva suerte  
que le están dando la muerte  
á un Hijo que yo tenia.  
En él tenia Marido,  
Hermano, Hijo y Esposo;  
de todos era querido,  
y hombre nunca fué nacido  
más lindo ni más hermoso.»  
Todas al oír callaban,  
palabra no proferian,  
y tanta pena pasaban  
cuando á la Virgen miraban,  
que aun queriendo, no podían.  
Mas aquella que prestó  
el tocado al Rey del cielo;  
conque su rostro limpió,  
aquella le respondió,  
pensando darle consuelo.  
Y díole: «Amiga, yo

creo que engañada estais;  
que el que por aquí pasó  
no era vuestro Hijo, no,  
según vos las señas dais.  
Aunque bien podia estar  
en lo hermoso deslustrado,  
y podíame engañar,  
que según le ví tratar  
estaba desfigurado.  
Porque os digo de verdad,  
y bien me podeis creer,  
que sin haber de él piedad  
nunca tan gran crueldad  
en hombre humano ví hacer.  
De las barbas le tiraban,  
en el rostro le escupian,  
palos y golpes le daban  
y los que detrás quedaban  
con sus lanzas le herian.  
Pero bien presto podeis  
si era él certificaros,  
porque entre manos teneis  
quien puede, como vereis  
su misma cara mostraros.  
Porque así cuando pasó  
por aquí tan aquejado  
con la angustia que sintió,  
un lienzo me demandó  
y dile yo mi tocado.  
El cual él de mí tomó  
con humildad mesurada,  
el gran sudor se limpió,  
y su cara en él quedó  
propiamente señalada.  
Y si no me lo creéis,  
la misma cara es aquesta:  
del bien ó mal que teméis,  
si es ó no la faccion esta  
por ella lo juzgareis.»  
Cuando la Virgen miró  
la figura del tocado,  
luego el rostro conoció,  
y un grave dolor sintió

de verle tan lastimado.  
La cual dió una exclamacion  
y un lastimoso gemir,  
con angustia y turbacion,  
con lastimera razon  
así comenzó á decir:  
«Aquesta, ¡oh amiga mia!  
es la cara de mi amor,  
y esta es la que solia  
con la beldad que tenia  
quitar al sol su esplendor.  
Mas los judíos han dado  
en ella tormento tal,  
que la han puesto en este estado,  
y los golpes la han tornado  
de aqueste color mortal.»  
Y dejando esta razon  
esto al Santo Rostro habló:  
«¡oh carísima vision!  
¡oh inmensa perfeccion!  
¿quién así te oscureció?  
¡Oh faz sacra do solian  
los ángeles adorar!  
¡ay cuán mal le conocian  
los hombres que se atrevian  
tu rostro santo á tocar!  
Su cara en sangre bañada  
va, segun las muestras sienta:  
si en lienzo queda estampada,  
en mi corazon sellada  
quedará con gran tormento.»

Luego de allí la movieron  
San Juan y la Magdalena,  
y mayor prisa se dieron,  
porque ya ellos creyeron  
pasado habria la pena.  
Y apresurando el andar  
despues del llanto acabado,  
pudieron por fin llegar  
al dolorido lugar  
do estaba crucificado.  
Como la Virgen miró  
á su Hijo tan querido,

¿quién dirá lo que sintió?  
nadie, pues nadie llegó  
á sentir lo que ha sentido.  
Las palabras que decia  
eran de gran compasion,  
tan tiernas como sabia,  
que aquello pertenecia  
á su santa discrecion.  
«Vos nunca á nadie enojásteis,  
Hijo mio y mi Señor,  
siempre la virtud amásteis,  
siempre, Hijo, predicásteis  
doctrina de gran valor.  
Siempre, Hijo, fué encontrada  
en vuestra boca verdad:  
¿por qué causa así es tratada  
vuestra carne delicada  
con tan áspera crueldad?  
Y si habíais de pasar  
esa muerte tan forzado,  
una os debiera bastar,  
que segun os veo estar  
mil muertes habeis pasado.  
¿Dónde está vuestra figura?  
¿dónde el rosado color?  
¡oh celestial criatura!  
¿dónde está vuestra hermosura?  
¿qué es de vuestro resplandor?  
Si no quereis con hablar  
lastimar mi corazon,  
mirad, Hijo, que el callar  
me da motivo á pensar  
que es mucha vuestra passion.»  
Y como lejos estaba  
la muy llorosa María,  
á la gente que miraba  
como su Hijo penaba,  
de este modo les decia:  
«Dejadme, amigos, llegar,  
tened compasion de mí,  
dejadme ya ahora hartar  
de abrazar y de besar  
al Hijo que yo parí.

Dejadme de cerca ver  
aquella imágen hermosa,  
que mi amor solia ser,  
y dejadme reconocer  
aquella sangre preciosa. »  
Como la Virgen le vió,  
cual nunca le pareció,  
con semblante dolorido  
y el corazon oprimido  
á su Hijo así le habló:  
«¿Adónde iré, ó qué haré  
Redentor de los mortales?  
¿á quién me querellaré?  
¿con quién me consolaré?  
¿á quién contaré mis males?  
Vos á todos remediais  
con vuestra muerte y pasion;  
pero ya que me dejais,  
Hijo, ved á quién mandais,  
que me dé consolacion. »  
Luego que oyó el Redentor  
la voz que la Virgen dió,  
sepa todo pecador  
que le fué mayor dolor  
aquel que cuantos sufrió.  
Con aquel grande querer  
que la Virgen le tenia,  
dijo: «mira ahí, Mujer,  
á Juan, que lo has de tener  
por tu hijo y compañía. »  
Luego á San Juan se volvió  
con gran pena, y dijo así:  
«Juan, madre te doy ahí:»  
y así Juan la sirvió  
y acompañó desde allí.  
Ya las palabras cesaron  
de la Virgen nuestra luz,  
y los sayones tomaron  
una tabla y la clavaron  
en lo alto de la cruz.  
Puesto en ella un mote bueno  
en griego, latin y hebraico,  
mote de verdad muy lleno:

«este es Jesús Nozareno  
el rey del pueblo judáico.»  
Cuando los judíos vieron  
tal rótulo puesto allí,  
á Pilato le dijeron,  
las letras que se escribieorn  
no digan, Señor, así.  
Digan, este se llamó  
rey del pueblo israelita.  
Pilato les respondió:  
«aquello que se escribió,  
eso mismo quede escrito. »  
Los que por allí estaban  
del Redentor se reian,  
y muy grandes voces daban  
le mofaban y burlaban  
y de esta suerte decian:  
«veamos, pues, lo que harás,  
si eres el Hijo de Dios;  
para ver que poder has,  
desciende de donde estás,  
sálvate á tí y sálvanos.  
Tú dijiste que en tres dias  
el templo con tu poder  
lo desharias y harias;  
pues tales cosas podias,  
puédete á tí guarecer.»



El uno de aquellos dos  
ladrones puesto allí,<sup>17</sup>  
le dijo: «si tú eres Dios,  
sálvate á tí y salva á nos  
y creeremos en tí.»  
Respondió Dimas, ladron.

que estaba á la mano diestra,  
y le dijo: «calla, varon,  
que por cierto tu razon  
es mala, y por tal se muestra.  
Bien sabes que aquesta pena  
nuestra culpa la merece;  
mas este por culpa ajena  
á la muerte se condena  
y sin culpa la padece.  
Y volviendo al Salvador,  
«compadécete si quieres,  
(le dijo con gran fervor:)  
de mí acuérdate, Señor,  
cuando en tu reino estuvieres.»  
La divina Majestad  
á esta razon sumiso,  
dijo con benignidad:  
«tú serás hoy de verdad  
conmigo en el Paraiso.»  
Luego con eco sombrío  
dijo muy acogojado:  
(de ello no hagamos olvido)  
«¡oh Dios mio! ¡oh Dios mio!  
¿por qué me has desamparado?»  
Dijo luego, «gran sed he,»  
este nuestro Dios eterno;  
y declarando el por qué,  
gran sed de librar fué  
las ánimas del infierno.  
Pero al revés lo entendieron  
los falsos con su coraje,  
que vinagre y hiel trajeron,  
y de ello al Señor le dieron  
un muy amargo brevaje.  
Nuestro Sacro Redentor  
ya su muerte cerca viendo,  
dijo con mortal dolor:  
«en vuestras manos, Señor,  
mi espíritu os encomiendo,»  
Y porque era gran razon  
cumplirse las escrituras,  
dió á la vida conclusion,  
diciendo: «acabados son

mis dolores y amarguras.»  
Ya la cabeza inclinó  
hácia do estaba su Madre,  
y nuestro bien consumó;  
pues el Rey eterno dió  
el espíritu á su Padre.

¿Quién es el que contemplando  
en esto, no há compasion?  
¿quién es tan duro, que estando  
en este paso pensando  
no le quiebra el corazon?  
¡Oh Virgen atribulada  
y afligida, que sentiste,  
cuando le vistes bajada  
la cabeza, é inclinada  
al Hijo que tú pariste!  
¡Oh quién jamás apartase  
tu dolor de su memoria!  
¡Oh quién gimiese y llorase,  
porque camino llevase  
para gozar de la gloria!

Habiendo ya consumado  
nuestro Redentor su vida,  
Longino muy alentado  
rasgó su sacro costado  
con una lanza atrevida.  
Y este que al Señor hirió  
la vista tuvo perdida,  
y en sus ojos le tocó  
la sangre y agua vertida,  
y al punto la recobró.  
Entonces se oscureció  
todo el resplandor del mundo,  
el sol claro se eclipsó,  
toda la tierra tembló,  
hasta el abismo profundo.  
Las piedras se sacudieron  
unas á otras sin piedad,  
los monumentos se abrieron,  
muchos santos resurgieron  
que fueron á la ciudad.  
Hizo gran mudanza el cielo,  
dolor el aire mostraba,

el mundo ostentó gran duelo,  
y rasgóse todo el velo  
que el firmamento temblaba.  
Cuando tales cosas vieron  
aquellos falsos traidores,  
sus corazones temieron,  
y que era aquel entendieron  
el Señor de los señores.  
Entre la gente que fué  
á presenciar tan cruel pena,  
fué María Salomé,  
con María Jacobé  
y María Magdalena.  
Cuando ya más tarde fué  
dos caballeros vinieron,  
y por muy cierto se vé  
que al Señor tuvieron fé,  
pues lloraron y gimieron.  
Movidos á compasion  
de ver al Señor clavado,  
con contrito corazon  
procuraron ocasion  
porque fuese sepultado.  
El uno por nombre había  
Nicodemus, ciertamente,  
y el otro que le seguía  
era José Arimathea,  
hombres de razon prudente.  
Ambos á dos juntos fueron  
penetrados del dolor  
que sus almas padecieron,  
y á Pilato le pidieron  
el cuerpo del Salvador.  
Humildes se lo rogaron,  
él así se lo otorgó;  
luego al Señor bajaron,  
y una sábana tomaron  
en que el cuerpo se envolvió.  
En un monumento honrad  
metieron á nuestro Dios,  
y era de piedra labrado  
que hubo para sí ordenado  
el uno de aquellos dos.

Despues la losa tomaron  
y encima se la pusieron;  
y cuando así lo dejaron  
las Marías se humillaron  
á el, y se despidieron.



De esta manera acabaron  
las penas del Rey eterno,  
las cuales nos remediaron,  
pues que ellas nos libraron  
de las penas del infierno.

Pecadores, contemplemos  
esta pasion dolorosa,  
suspiremos y lloremos,  
para que despues gocemos  
su santa gloria preciosa.

Estaba la Virgen pura  
sola el sepulcro mirando  
con tal angustia y tristura,  
cual nunca vió criatura,  
en su Hijo contemplando.  
Sus dos ojos hechos fuentes,  
su corazon angustiado;  
contemplan todas las gentes  
que estos amargos presentes  
le hizo nuestro pecado.  
Contempla tan gran dolor  
y su angustia sin igual;  
siente ahora, pecador,  
el ánsia, pena y dolor  
de esta Reina celestial.  
Esta cual nunca se vió  
mujer tan desconsolada:



contempla lo que sintió  
por el Hijo que parió  
viéndose de él separada.  
Está la Virgen (por quien  
el mundo es ya redimido)  
tan sola en Jerusalem,  
que ha perdido gloria y bien  
con el Hijo esclarecido.  
Pensemos y contemplemos  
con Vos, Virgen, esta historia;  
la pasión santa lloremos,  
porque así con Vos gozamos  
de la soberana gloria.

Las tres Marías llegaron  
con caritativo amor  
al sepulcro, do dejaron  
los ungüentos que compraron  
por ungir al Redentor.  
Por el camino venían  
las tres discurriendo aquesto,  
de como hacerlo podrian  
y la piedra quitarian  
que en el sepulcro habian puesto.  
Luego que al sitio llegaron  
vieron la piedra quitada,  
por lo cual se acongojaron,  
pero allí un mancebo hallaron  
que las dijo esta embujada:  
«llegaos, no os aflijais,  
amigas, ni esteis turladas,  
que bien sé lo que buscáis,  
y os ruego mucho que oigais,  
pues de Dios sois tan amadas,  
que el Jesús Crucificado  
que aquí venís á buscar,  
sabed que ha resucitado;  
la mortaja allí ha dejado,  
lo cual bien podeis mirar.  
Id, pues, y así lo direis

á Pedro y su compañía  
aquesto que visto habeis,  
y sin que más os tardeis  
tornareis luego la vía.  
Tan luego como esto oyeron,  
las Marías se apartaron  
y á los discípulos fueron,  
y al instante que los vieron  
todo se lo publicaron.  
Los discípulos turbados  
en oír tal embajada,  
de Dios queridos amados,  
con ánimos esforzados  
luego toman la jornada.  
En cuanto á la Virgen pia,  
según el testo sagrado,  
es de creer que María  
antes que nadie sabría  
que era ya resucitado.  
Y que en aquel monumento  
su santo cuerpo no estaba;  
por lo cual con sentimiento  
estando en retraimiento  
solo en su amor contemplaba  
Y así cierto es de creer,  
que á la Virgen sin pecado  
se le quiso aparecer  
antes que á nadie (á mi ver)  
después de resucitado.  
Rogareis siempre por nos,  
Madre de misericordia,  
al inmenso eterno Dios,  
que quiera á todos por Vos  
darnos parte de su gloria.  
Así logré despertar  
nuestro torpe entendimiento,  
dándonos gracia en obrar,  
y el saber para loar  
su alto merecimiento.